

CRÓNICA DE LA GUERRA DE MARRUECOS



EL TENIENTE CORONEL
MILLÁN ASTRAY



7

CRÓNICA DE LA GUERRA DE MARRUECOS

POR
AUGUSTO RIERA

CRONICA

No pueden los marroquíes, faltos de instrucción militar y disciplina, combatir contra las tropas españolas en campo abierto.

La ocupación del zoco El Arbáa, Nador, Tauima y los pozos de Aograz lo proclaman.

Pero en cuanto pueden ampararse en riscos, matorrales, barrancadas, desniveles de terreno, no solamente resisten, sino que atacan.

Y lo hacen con energía, manteniendo el esfuerzo durante horas y horas.

Lo ocurrido estos últimos días en Benisicar con motivo del convoy de Tisza lo demuestra.

Tisza es una posición que el alto mando considera necesaria.

Pero como está enclavada en territorio enemigo es necesario aprovisionarla de víveres y municiones.

Los moros la atacaban y sitiaban hace días, habían dicho que la tomarían y que si los españoles se empeñaban en salvarla se exponían a una derrota tremenda las columnas que escoltaran el convoy.

Para ello, es decir, para que no pudieran pasar los españoles, habían construido trincheras, llamado guerreros de cabilas lejanas, dispuesto cañones que pudieran batir a los soldados causándoles el daño posible.

Los generales Berenguer y Cavalcanti tenían conocimiento de esos

preparativos y, por su parte, hicieron todo lo necesario para forzar el paso, aprovisionar el fuerte y dar una ruda lección a los rifeños.

Las columnas se pusieron en marcha y los moros empezaron a disparar desde todos los escondrijos de la región montañosa que ocupaban.

La artillería española y la de los buques de guerra disparó cientos de granadas que causaron grave daño al enemigo; pero éste se agarraba al terreno, intentaba maniobras envolventes, corraba el paso.

Según dicen los corresponsales de guerra y los partes oficiales, llegó un momento en que los que presenciaban el combate experimentaron gran ansiedad.

Las tropas españolas no retrocedían; pero no avanzaban.

Era necesario hacer un esfuerzo. Se realizó. El general Cavalcanti, seguido de varios jefes y oficiales, cargó a la cabeza de los soldados.

Cayeron muertos o heridos una porción de hombres; pero el impulso estaba dado y los españoles rompieron las alambradas moras, tomaron las trincheras y ahuyentaron al enemigo.

El convoy entró en Tisza y las columnas, aun cuando peleando rudamente, no experimentaron el menor revés, sino que lo infligieron al enemigo.

Dicen muchos corresponsales, claro que con permiso de la censura, que el combate de Benisicar ha sido el más largo y empeñado de cuantos han reñido los españoles desde que empezó el avance.

Como no se dice una palabra de las bajas habidas, es difícil saber si, en efecto, ha sido tan duro como se dice; pero es de creer que los



Las industrias arrastraban una vida misérrima primitiva....

partes oficiales son expresión de la verdad y, por lo tanto, que el aprovisionamiento de una posición ha costado mucha sangre.

Acerca de este hecho de armas y de lo doloroso que resulta que para avituallar y municionar un fuerte sea preciso reñir tan tremendas pugnas, dice el corresponsal de *El Imparcial* en las columnas del diario madrileño:

Una posición implica la necesidad de convoyes para el abastecimiento, que lo abarca todo, desde los proyectiles hasta el agua y la leña. Los franceses, que en Marruecos han reducido enormemente el número de estas posiciones fijas, acostumbran a darles valor defensivo real. Emplazándolas en lugares servibles para la defensa, y son a modo de menudas alcazabas, donde acumulan municiones de boca y guerra para bastante tiempo. Nosotros, unas veces por imposición de las circunstancias y otras por de signio de no permanecer allí mucho tiempo, actuamos más a la ligera. Un parapeto de sacos terrosos, en torno del cual se ponen algunos alambres de pinchos—nunca alambradas electrificables—, basta y sobra. Con víveres y agua para tres o cuatro días y municiones para algunos más, ya tenemos lo preciso. El sistema se acababa con uno o dos convoyes semanales, casi siempre en los mismos días y a horas invariables.

La censura prohíbe mentar en España cuanto se relacione con los movimientos de fuerzas. Pero los moros pueden pasarse sin esas tardías informaciones Pueden los enemigos dedicarse a sus asuntos y acudir a la contienda en el término que más les agrade.

Son estos convoyes para el adversario la función de guerra ideal..... Sabe muy bien por qué barrancos filtrarse y conoce a maravilla qué puntos quedan desenfilados de la artillería, así como los lugares en que el terreno ofrece mayores estorbos para la marcha del bagaje y los movimientos



La agricultura recordaba pretéritas épocas de la más inicua esclavitud.....

tos del escalón de combate. En estas operaciones tiene, pues, todas las ventajas.

El convoy debe llegar siempre. Lo de Igueriben comenzó haciéndose imposible el abastecimiento de agua y municiones.

* * *

Tisza tiene servicio regular de convoyes y cada uno requiere lucha más o menos vigorosa. Cada vez que llega del interior un núcleo rebelde, busca en aquéllos su bautismo de sangre. A veces son escaramuzas; en otras ocasiones reñidos encuentros, que imponen la intervención, de algunos miles de soldados. Y si las fuerzas están bien dirigidas, si el jefe conoce al enemigo y el terreno, los agresores padecen pérdidas de consideración. Pero el convoy inmediato recibe otra vez tiroteo.



La higiene y el bienestar del hogar, hace cosas completamente desconocidas para los moros.....

Bugeaud, que escarmiento en Argelia viendo lo ocurrido a sus antecesores, decía con frecuencia: "Pocas posiciones; no más las indispensables"

* * *

Muchos periódicos afirman que continúa la confianza en algunos moros, que son bastantes los que gozan de mucha más influencia que los españoles, que hay gran número que ya se declaran amigos y que como a tales se les trata.

¿Es esto oportuno? ¿No serán esos "amigos temporales" enemigos eternos? ¿No servirán de espías a los que no pueden penetrar en Melilla ni en los campamentos españoles?



Los españoles levantaron puentes....

CAPITULO XIV

(conclusión)

La herida del General Navarro

No se sabe a punto fijo si durante los últimos días de asedio o si después de la capitulación, recibió el general Navarro un balazo en el muslo izquierdo, con orificio de entrada y salida. Por fortuna la herida no es grave.

En los primeros momentos se habló de que el general Navarro y los jefes, oficiales y soldados prisioneros serían rescatados prestamente y llevados a Melilla; pero surgieron después dificultades que no han permitido realizar tal propósito.

De la tragedia de Monte Arruit

Continuamos sin noticias de la trágica evacuación de Monte Arruit. Lo que se dice acerca de lo ocurrido merece poco crédito por confuso y contradictorio.

Las mismas noticias oficiales son muy obscuras y desde luego escasas.

Se asegura que antes de procederse a la evacuación de Monte Arruit se libró un empeñado combate, por la traición de los moros.

Después de realizada la evacuación sólo se registró alguna agresión aislada.

Se supone que han conseguido salvarse y se hallan actualmente dispersos cerca de 700 hombres de los que ocupaban Monte Arruit, entre ellos los heridos y enfermos, pero esto no pasa de ser suposición.

El teniente coronel señor Pérez Ortiz, uno de los heroicos defensores de Monte Arruit, ha escrito una carta a su familia diciendo que se halla prisionero de los moros y que se encuentra bien.

Respecto de la traición de los moros, acometiendo bárbaramente el campamento cuando el valiente general Navarro parlamentaba con los notables, se habla mucho de si la realizaron de acuerdo con sus jefes o contra la voluntad de éstos, llevados por el afán del saqueo y del pillaje.

De la guarnición de Monte Arruit ha llegado el soldado del regimiento de Melilla José González Torres, que hace calurosos elogios del general Navarro, quien, por su comportamiento, se ha hecho acreedor al cariño y la admiración de todos sus subordinados, con los cuales se sobrellevan las penalidades de la lucha, dando relevante ejemplo de serenidad, bravura y amor a las tropas.

Dice que los moros disparaban al principio con un cañón y luego con dos, haciendo certeros disparos.

Desde el día 28 sólo comieron carne de caballo y mulo, garbanzos tostados con azúcar y cebada cocida con agua, para sustituir al pan.

Según relato del fugitivo, las penalidades de los valientes defensores de Monte Arruit han debido ser espantosas.



Las mujeres eran dedicadas a trabajos indignos de su sexo....

El fué tiroteado intensamente por los moros cuando se alejaba de la posición con otro compañero a quien alcanzó una bala.

Cargó sobre su espalda al herido y continuó su angustiosa marcha sin que cesaran de hacerle disparos.

Como el herido se fatigaba, lo depositó en tierra y hasta que le vió morir no le abandonó. Luego huyó y ganó a nado la costa de Mar Chica, desde donde le fué más fácil venir a Melilla.

De la situación de los prisioneros sólo se sabe que el general Navarro y los jefes y oficiales a sus órdenes, están bien atendidos en la casa de Ben Chel-lal.

Nuevos relatos de supervivientes

Siguen llegando a Melilla algunos soldados escapados de Monte Arruit.

Es imposible reproducir cuantas cosas cuentan de lo ocurrido desde el desastre de Annual hasta la rendición de Monte Arruit.

Dan, sin embargo, algunos detalles que complementan las informaciones conocidas acerca del resultado del desarrollo de las sangrientas jornadas vividas estos días.

Dicen que el día 22 llegó el general Navarro a Dar-Drius, donde se encontraban las fuerzas del regimiento de San Fernando y algunos ingenieros.

Entre los oficiales se hallaban el capitán Usera, que mandaba una



Construyeronse carreteras.....



Ofreciéronse a los moros dispensarios gratuitos para curarles.....

compañía; el teniente Alarcón, que mandaba la sección de explosivos, y el Sr. González Arroyo.

El general Navarro durmió la noche del 22 en Dar-Drius.

El día 23 por la mañana comenzó la retirada a Batel, donde llegó la columna a las seis de la tarde con mucho fuego.

En la carretera se unió a la columna el teniente Alarcón con su compañía, que iban haciendo fuego con bastante acierto, pues los soldados iban muy bien organizados.

En Batel hizo alto la columna.

Los soldados encontraron la cantina cerrada y las puertas atadas, tratando de forzar éstas.

Estando en esta operación, el enemigo atacó, desorganizándose la columna. Unas fuerzas se dirigieron a Tistutin y otras a Zeluán.

En Batel quedaron el general Navarro, el teniente Carmelo Pérez Ortiz y casi toda la oficialidad.

La posición de Batel fué objeto de "paqueo" durante toda la noche.

Al día siguiente se hizo la retirada a Tistutin, donde estaba el resto de la columna y una batería con dos cañones que hacían fuego sobre el enemigo.

Las tropas ocuparon la fábrica de yeso y allí durmió la fuerza. En ésta figuraba el teniente Sánchez Ocaña.

A la una y media de la madrugada comenzó a hacerse la retirada hacia Monte Arruit.

Formando un cuadro y resistiendo terrible fuego, principalmente la

Fuerzas de regulares en la vanguardia de una posición



retaguardia, que se veía obligada a contestar con descargas cerradas para impedir se les echasen encima los moros, llegaron a Monte Arruit.

A la entrada de la posición encontraron los cadáveres de Alvarez Corral y del capitán Gil.

En la columna iban todavía algunos regulares de la Policía que ocupaban el centro de la misma.

Estos procedían de las guarniciones indígenas de Batel y Tistutín.

Al llegar cerca de Monte Arruit dichos policías se pasaron al enemigo.

El capitán Lobo resultó herido en un pie en la marcha entre Batel y Tistutín.

En Monte Arruit murió el teniente Piniés, jefe de la sección de ametralladoras, a consecuencia de la gangrena en un pie por falta de medicamentos.

En Monte Arruit permaneció la fuerza nueve días poco hostilizada. Los moros ocuparon las canteras próximas, desde donde disparaban sobre la posición.

Al principio se hacía la aguada, aunque con alguna dificultad.

Para protegerla hubo que tomar una casa cercana al arroyo.

Esta casa fué rodeada por los moros, que mataron a la guarnición.

En el momento de la evacuación, el general Navarro conservaba el fajín.

Un soldado dice que le vió apoyado en el brazo del capitán Sáinz, de Estado Mayor.

Ha llegado también a Melilla el soldado fugitivo José Echevarría, natural de San Sebastián.

Era notable jugador de fútbol, y debido a su ligereza pudo salvarse.

Cerca de Zeluán vió al capitán Hernando y al teniente Sánchez Ocaña, que caminaban juntos. El teniente invitaba al capitán a que descansara.

Echevarría abandonó en Zeluán dos heridos que le acompañaban, pues se hacía difícil continuar todos sin ser descubiertos por el enemigo.

Ocultándose detrás de los matorrales y caminando a ratos a gatas, para evitar que la luz de la luna proyectase su silueta, llegó a Mar Chica, donde se quedó dormido.

Al despertar encontró una barca medio hanegada; rompió el asiento de ésta y utilizándolo como remo logró llegar al Atalayón, donde le recogieron dos soldados del Tercio extranjero.

Entre otros soldados escapados se encuentra uno llamado Salvador Cuevas, que está herido gravemente de dos balazos en el brazo derecho; es natural de la provincia de Málaga.

Este soldado ha referido los nombres de algunos de los oficiales que se hallaban días pasados en la posición, entre ellos el capellán castrense del regimiento de San Fernando.

Dice el soldado Cuevas que desde hacía tres días no se podía hacer



Hicieron fuentes públicas....

la aguada en Monte Arruit, y que por este motivo todos los refugiados en la posición padecían una sed abrasadora.

El hielo que han arrojado los aeroplanos se destinaba a los heridos y enfermos, a los que se ha atendido con todos los elementos de que era posible disponer.

La artillería enemiga disparaba diariamente sobre la posición, menos el último día.

Las granadas, por estar mal graduadas, no estallaban, y solamente herían cuando en su trayectoria alcanzaban a alguien.

Cien hombres que ocupaban una casa cercana al arroyo fueron copados y muertos la mayoría de ellos.

Añade el soldado Cuevas que los moros, durante el sitio de Monte Arruit, no les hicieron muchas bajas. Ha negado que los oficiales se vieran en la necesidad de formar ellos mismos una guerrilla para defender el parapeto.

También ha negado los rumores circulados, y que algunos periódicos han acogido relativos al fusilamiento de moros parlamentarios por orden del general.

Afirma que la columna Navarro se componía de unos mil hombres, incluyendo heridos y enfermos.

En el momento del asalto a Monte Arruit el soldado Cuevas se salvó abandonando a un enfermo que llevaba en una camilla, y al que los moros asesinaron a cuchilladas.

Cuevas recibió dos balazos, y desangrado, llegó a una casa aban-



Residencia
de Estudiantes

donada camino de Batel, donde permaneció toda la noche. Después se escondió en un charco de agua y más tarde siguió hasta Melilla.

Con él se salvó otro soldado llamado Francisco Moreo. Ambos son del pueblo de Mijas (Málaga).

Parece comprobado que de la columna Navarro hay unos 400 soldados que están sanos y salvos en poder de las cabilas.

De ellos 300 están en Benisaid.

CAPITULO XV

La ingratitud de los Moros

Viendo las fotografías que envían desde Melilla los corresponsales gráficos de la CRÓNICA DE LA GUERRA DE MARRUECOS; leyendo lo que dicen varios corresponsales de guerra, dan ganas de emigrar de España y marcharse al Mogreb.

Las autoridades habían realizado en la zona de protectorado español una obra verdaderamente civilizadora.

Cuidaban de los moros de allende el Estrecho mucho más que de los españoles de aquende.

Tendieron puentes sobre los ríos, y ahí están las fotografías para atestiguarlo; construyeron abrevaderos para los borriquitos, a fin de que no bebieran el agua no muy limpia de los charcos; levantaron edi-



Se educó a los pequeños inculcándoles los principios de la moderna pedagogía.....



Residencia
de Estudiantes

ficios de nueva planta para instalar escuelas; sanearon comarcas poco salubres; abrieron caminos; ahondaron pozos para que los cabileños bebieran agua pura, cosa que no siempre podían hacer los soldados.

Cuando hubo malas cosechas se ayudó a los marroquíes repartiendo pan en abundancia y algunos víveres.

Como carecían de grano para sembrar, se les proveyó de semilla, reparto de inmensa utilidad que se hizo varios años.

Se les inculcó el amor a los árboles explicándoles los beneficios que reportaban al hombre y a la misma tierra. Como en algunos puntos de España se instituyó la Fiesta del Arbol y la fotografía que va en estas páginas habla bien claro acerca de ello.

Se establecieron unos tribunales puramente gratuitos—cosa que no



Construyéronse pozos con lo cual los moros, tenían agua fresca y salubre.....

hemos podido lograr los españoles—que juzgaban con rapidez e imparcialidad, prestando admirables servicios.

¿Se podía hacer más en favor de esos indígenas?

Los jefes de las cabilas gozaban de muchas preeminencias, tenían influencia cerca de las autoridades españolas, y de cuando en cuando recibían subsidios en metálico.

Los que antes del protectorado español vivían de mala manera, disfrutaban ahora de algunas comodidades y de relativa abundancia.

Muchos hombres trabajaban en las minas en paridad de condiciones con los españoles y todas las semanas cobraban buenos jornales.





Pruela de que circulaba el dinero en la zona de Melilla es que todo se iba encareciendo.

Los indígenas que vendían víveres diversos a los españoles se enriquecían, pues en aquel país misérísmo tener un puñado de pesetas equivale a poseer algunos miles de duros en España.

Algunos de los moros ricos iban a Andalucía y Madrid; el hermano de Abd-el-Krim estudiaba en España.

Se les permitía conservar su religión, sus leyes, sus costumbres, todo lo que constituye el modo de ser de un pueblo, cuanto caracteriza a una nación.

No se exigía prestaciones personales, no se tiranizaba a nadie. La violencia estaba desterrada de las relaciones entre protectores y protegidos, no se exigía contribución alguna a los campesinos, no se les privaba de ninguna libertad, ni siquiera de la de poseer toda clase de armas, desde la gumia secular a los lebeles y máuseres.

Se les trataba con toda clase de consideraciones, no se suspendían nunca las garantías constitucionales, se gobernaba con toda la prudencia y magnanimitad imaginables.

A fin de que estuviesen mejor alojados y para que se acostumbraran poco a poco a vivir de un modo menos primitivo, en algunos puntos se contruyeron casitas con tres habitaciones y cocina-comedor.

Eran las tales casas de lo más sencillo que se puede imaginar; pero bastaban para lo que se pretendía: evitar la promiscuidad, mejorar la higiene, resguardar de un modo eficaz de la intemperie y acostumbrar a los indígenas a las ventajas indudables que ofrecen tales habitaciones.

En esto se excedieron, movidas por su celo, las autoridades—caso raro y poco menos que único en la historia española—, porque en la Península existen poblados y aldeas donde los habitantes viven como en Marruecos, sin que se le ocurra a ningún gobernador civil, a ningún monterilla, disponer que para ejemplo, estímulo y premio a un tiempo se construya alguna casita semejante a esas de que gozan los rifeños del protectorado español.

En algunos puntos de Andalucía, en Calatayud y otros pueblos de Aragón y en diversas provincias de España, los míseros aldeanos viven hacinados en cuevas—así como suena—, en indecentes e insanas cuevas abiertas en las faldas de los montes.

Aquellas casas sólo reciben aire y luz por la puerta.

Cuando se declara una epidemia mueren a centenares aquellos infelices, sin que nadie se cuide de acudir en su auxilio. En tiempo y circunstancias normales la mortalidad es doble que en las aldeas y pueblos, mejor edificados.

En la alta montaña de Cataluña, Aragón y Navarra, en las sierras

de Valencia, para no hablar sino de aquello que conocemos personalmente, de lo que hemos visto, existen muchas chozas donde los vecinos viven como en las cuevas de Calatayud y Guadix, con la sola diferencia que su habitación única, maloliente y estrecha, está edificada sobre el suelo y no abierta a fuerza de pico.

¿Qué más? En Madrid y en Barcelona existen cientos de casas donde la gente vive hacinada de un modo bárbaro. Los Ayuntamientos y los caseros, unos con su descuido punible, otros con su codicia desaforada, tienen la culpa de ello.

En nombre de la humanidad debiera pedirse que esas autoridades que mandaron construir pozos, abrevaderos, puentes, norias, casitas en Marruecos, cuidaran durante unos años de gobernar a España, y en



Nuestras autoridades fiscalizaban los actos de administración de justicia, para evitar que el poderoso atropellara al débil....

tonces asistiríamos, encantados y enterneados, a una transformación asombrosa.

En Marruecos no se ha podido realizar—por lo que se ve—esa transformación portentosa.

Los indígenas no han sabido apreciar los beneficios de la civilización.

Prefieren su miseria y atraso a la comodidad y adelanto. Estiman en mucho más su libertad que la riqueza.

No les importa vivir en infestas barracas con tal de no obedecer a rey ni a Roque.

Cuanto han hecho los españoles en favor suyo lo rechazan, lo desprecian y lo pagan sublevándose.

¡Ingratitud insigne que bien cara nos cuesta!

CAPITULO XVI

Lo que ha pasado en Africa

Antes de detallar los hechos y episodios de la reconquista y castigo, creemos conveniente—ahora que se puede empezar a ver un poco claro en lo pasado—explicar por cuenta ajena y autorizada lo que dice el título de este capítulo.

El trabajo que publicamos es debido a D. Alvaro Alcalá Galiano y se ha insertado en A B C. Dice así:

Al cabo de muchos días de incertidumbre y de ansiedad comienza a vislumbrarse algo de luz sobre los trágicos sucesos de Africa. Hemos pasado ya todos el momento de estupor y de emoción provocado por la magnitud de las primeras noticias. Como si la realidad en sí no hubiera re cargado ya bastante de tintes sombríos el horizonte africano, varios periódicos, más preocupados de la venta que de tranquilizar la inquietud pública, abultaron los tristes acontecimientos. Se comprende que en el primer momento de sorpresa cesara de latir el pulso de España aunque la fortuna, el espíritu patriótico haya reaccionado desde entonces, acallando a los sembradores de pánico y de alarma y despidiendo a nuestras tropas con fervoroso entusiasmo. Eso está bien, y revela un consolador progreso en la sensibilidad del pueblo español desde el año 1909, porque no se trata hoy de discutir si la guerra en Marruecos es o no es "popular", sino de borrar la afrenta hecha a España ante el mundo y reparar la derrota con un esfuerzo victorioso que rehabilite el prestigio de las armas españolas. Y al cumplir este elemental deber patriótico, bueno será que los que dirigen las operaciones en el campo de batalla, como los que jalean y aplauden sus hazañas desde las columnas de la Prensa, no dejen de recordar que si el "valor", la "hidalguía" y el "quijotismo" son cualidades ejemplares en todo militar, no constituyen, ni mucho menos los elementos suficientes para alcanzar una victoria en el siglo xx. Porque, a juzgar por las noticias que nos dió la Prensa, antes que la amordazara la censura, el desastre de Africa parece debido a la imprevisión, a la confianza en nuestras propias fuerzas, y a desconocimiento de las del enemigo. Toda la retórica política y periodística, todas las justas alabanzas prodigadas a los que resistieron el choque de frente y se han defendido heroicamente contra fuerzas superiores, no cambiarán la verdad de los hechos. Y la verdad es que, pese al heroísmo de unos cuantos núcleos, la falta de organización, de conocimientos técnicos y de *espíritu militar moderno* son, entre otras razones, las causas principales del revés que hemos padecido, como si de espaldas a la experiencia volviesen a repetirse los lamentables errores de las guerras coloniales y el fin de nuestros dominios de Ultramar en 1898. Será muy lamentable que estas palabras sinceras puedan herir susceptibilidades, pero el interés de España a de pesar forzosamente. No se le puede decir al país,

después de haberle hecho derrochar durante tanto tiempo dinero, que se ha perdido, en unos días, "todo el fruto del trabajo de once años". Es preciso exigir responsabilidades, por altos que se hallen los responsables. ¿Quiénes son los culpables de este desastre? Porque hasta ahora las razones que han dado para disculparse ciertos jefes del Ejército y ciertos políticos, en sus declaraciones respectivas, no dejan de ser bastante bochornosas para el prestigio internacional de España. Si, como se afirma, contingentes moros, en lugar de componerse de algunos centenares de hombres presentan una inesperada fuerza de muchos miles bien armados y organizados, ¿que decir de nuestros medios de información en toda una campaña colonizadora? ¿No contábamos con exploradores? ¿No había un servicio de aviación? Decir, como honrosa disculpa, que ciertos jefes españoles estaban advertidos del peligro, pero que "no le dieron importancia al enemigo", podría ser un rasgo muy digno de aplauso en los tiempos del Cid, pero merece otro criterio en el siglo en que vivimos. Y así, cuantos argumentos se oponen para justificar este desastre más hacen resaltar la imprevisión y la desorganización. Si hubo que retirarse por falta de municiones, lo lógico es pensar que entonces no debimos emprender avance alguno. Si falta material de campaña y qué sé yo cuantos elementos ofensivos, esto significa que o bien ha caido todo ello en poder de los moros, o que carecíamos de la más elemental preparación militar. En este caso, ¿qué se ha hecho durante estos últimos años como labor colonizadora? ¿En qué se han gastado tantos millones? ¿Cómo justifican nuestros jefes y gobernantes que en unos días se haya destruido de un golpe la obra de varios años, diseminándose un Ejército entero, perdiendo casi todas nuestras posiciones y abandonando nuestra artillería, que ahora el enemigo sabrá utilizar contra nosotros? El país tiene derecho a saberlo, y es de esperar que bajo el manto de un falso patriotismo, encubridor de intereses creados, no se pretenda ocultarle la verdad. El mismo pánico y la desorientación que reina en las altas esferas del Poder indican bien claro lo escasamente preparados que aún nos hallamos, por desgracia, para estas misiones colonizadoras. Militares y políticos andan a la greña, acusándose recíprocamente, como los chicos en clase cuando el profesor ha descubierto alguna falta grave: "¡Ha sido éste!" "Diga usted que no. Ha sido él." "No no, ¡el otro!" "¡Acusica!" "¡Soplón!", etc. Unos acusan al alto mando y otros al Gobierno. Los de acá, al ministro de Estado, y los de allá, al ministro de la Guerra. Y todo se remedia con protestas, quejas patéticas y amenazas de dimisión. Los ministros afirman con dolorosa sinceridad que no preveían nada de lo ocurrido. Los políticos de la oposición afirman, por el contrario, que todo esto lo tenían previsto, sin explicarnos, en cambio, el motivo de su silencio injustificado. Un ex ministro de la Guerra detalla todo lo que *no* se ha hecho, sin darnos cuenta de lo que *él* hizo cuando ocupó la cartera. Un ex presidente del Consejo, después de condenar la política gubernamental, nos afirma que la clave del problema de Marruecos está en seguir "un sistema diametralmente opuesto al empleado hasta ahora...", lo cual equivale a decir: "Hasta hoy nos hemos equivocado todos". En fin, el jefe del Estado Mayor Central declara que vió venir este desastre militar, pero que no intentó advertirlo por no haber sido consultado... Ante espectáculo tan desconcertante, el país no puede menos de pensar que lo que ha pasado en Africa pasó ya varias veces en otros capítulos dolorosos de la historia de España: ineptitud, imprevisión, desorganización, anunciadoras siempre del desastre.

Sale los Sábados

30 cénts.

J. Sanxo - Editor: Rambla de las Flores, 30, 1.º - BARCELONA



DE LA VIDA RIFEÑA

Estas fotografías son hechas en tiempo de paz. Así encontraron los españoles a los moros. Viviendo como bestias, hacinados a montones en jaimas inmundas. Conviviendo en promiscuidad vergonzosa. Este era el último vestigio que representaba a la más alta civilización de otros tiempos.